

Ariel



David Jiménez

LOS DIARIOS DEL OPIO

Tras las huellas de Orwell, Conrad, Kipling y otros grandes escritores que encontraron la perdición en Oriente

ÉSTE NO ES UN LIBRO DE VIAJES, O NO SOLO. Jiménez reflexiona sobre turismo y literatura, con anécdotas propias y ajenas, sensaciones y experiencias a través de sus viajes por Tailandia, Camboya o China poniendo el foco en temas como el turismo de masas, la situación de los periodistas de guerra o los estragos de la globalización.

A LA VENTA EL 31 DE MAYO

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

***Material embargado hasta publicación**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 682 69 63 61 / E: lfabregat@planeta.es

SINOPSIS

Rudyard Kipling encontró la perdición en los burdeles de la India colonial; Conrad descubrió en Borneo un destino hecho para los «hombres sin entrañas» y Graham Greene quedó atrapado entre nubes de opio en la decadencia de Saigón.

David Jiménez sigue las huellas de escritores legendarios que quedaron hechizados por la magia de Oriente, recorre los escenarios de sus libros y se embarca en una odisea para resolver el gran misterio. ¿Cuál es el secreto que ha empujado a viajeros, exploradores y escritores hasta el Este desde tiempos de Marco Polo?

El autor se adentra en la Birmania que George Orwell vivió como policía imperial; la China donde la mítica reportera Martha Gellhorn sufrió su «viaje al infierno» en compañía de Hemingway; o la Filipinas disparatada que describió Manu Leguineche.

Míticos hoteles de guerra, islas remotas, mundos perdidos y personajes fascinantes protagonizan un recorrido en el que Jiménez nos descubre qué permanece —y qué se ha desvanecido— del Asia que inspiró a las figuras de la literatura. El resultado es una aventura a través de un continente en ebullición, una travesía por lo más profundo de la naturaleza humana y una búsqueda, trepidante y obsesiva, del elusivo misterio oriental.

EL AUTOR



David Jiménez (Barcelona, 1971) fue durante dos décadas corresponsal en Asia y ha trabajado como reportero en más de treinta países. Sus libros han sido traducidos a media docena de idiomas e incluyen el superventas *El director*, sus memorias sobre el año que dirigió el diario *El Mundo*. También ha publicado *Hijos del monzón*, que obtuvo el Premio Internacional de Literatura de Viajes Camino del Cid; *El lugar más feliz del mundo*, que recopila algunas de sus crónicas y reportajes; y las novelas *El botones de Kabul* y *El corresponsal*. El autor es Nieman Fellow por la Universidad de Harvard, maestro de periodistas y colaborador de los diarios *The New York Times* y *Die Welt*.

EXTRACTOS DE LA OBRA

William Somerset Maugham / Indochina

«[...] Solo viajando a lugares que le eran extraños, mezclándose con gentes diferentes, sintiéndose libre de los lazos y responsabilidades de la cotidianidad, conseguía transformarse. «Nunca vuelvo con la misma personalidad con la que partí», escribió. Cuando William Somerset Maugham (1874-1965) habla de viajar no se refiere a ese *turisteo* difícilmente transformativo que en estos tiempos se desplaza en manadas, se encierra en *resorts* de lujo, compra recuerdos en centros comerciales idénticos a los que tiene en su barrio y se hace fotos disfrazado de indígena, sin haber contactado con ninguno; cuando no se despeña por un barranco en busca de una fotografía que colgar en las redes sociales.»

«Una vez recuperado, el escritor se lanza a descubrir Bangkok y le ocurre lo mismo que al turista que llega a la ciudad estos días: no se enamora a primera vista. Siente desazón ante el estrépito incesante de su tráfico — ¿ya entonces?—, el barullo de sus calles, el polvo y la ausencia de una arquitectura que inspire a su alma artística. Incluso la comida le parece insípida, algo difícil de creer para quienes hayan probado el picante tailandés.»

«Solo con la mente despejada, libre de fiebres, empieza Somerset Maugham a encontrar encantos a Bangkok: los barrios suspendidos sobre el agua, los canales donde se bañan los niños, los templos a la vera del Chao Phraya — ¿cómo puede «existir algo tan fantástico en esta tierra sombría?»—, y esos *sois* o bocacalles que uno encuentra donde menos espera y hacen que sea posible caminar unos metros, alejarse del ruido y adentrarse en lo desconocido.»

«[...] ¿Fue ese halo de misterio del que habla Maugham lo que me atrapó también a mí cuando visité la ciudad por primera vez? ¿La razón de que mi viaje a Oriente, que debía durar seis meses, se prolongara durante casi dos décadas? Nunca he sabido explicar mi fascinación por el Este. O por qué escogí Bangkok como residencia, entre los miles de opciones que ofrecía Asia. Para los que, como Somerset Maugham, nos cansamos con facilidad de nosotros mismos, la capital tailandesa ofrece la terapia perfecta. Es divertida, abierta y tolerante, pendenciera dicen algunos. No juzga ni condiciona.»

«Maugham y Bangkok estaban hechos el uno para el otro: la bisexualidad del escritor y la ambigüedad de la capital tailandesa; el afán de vivir sin ser juzgado y un lugar que no juzga; la búsqueda del perfeccionismo y la belleza de la imperfección; la tolerancia, en fin, de un destino que tiene la habilidad de transformarse en lo que el visitante quiera o necesite de él.»

«Pero no han sido solo el sexo y la promesa de libertinaje lo que ha atraído a los hombres occidentales a Oriente. Cuando me instalé en Bangkok como corresponsal, tras haber vivido siete años en Hong Kong, la sede diplomática de España en Tailandia era conocida por sus funcionarios como «la embajada del amor», por el número de españoles que se presentaban para pedir papeles para una novia a la que habían conocido la noche anterior en algún bar de Patpong. Un cónsul me contó las entrevistas surrealistas que tenía que hacer a los

pretendientes, porque ni ellos hablaban tailandés ni por supuesto ellas español. Y ni el uno ni la otra una palabra de inglés. “Los separábamos y les hacíamos preguntas, para ver si había contradicciones en su historia de amor y se trataba de matrimonios de conveniencia para lograr visados.” Y resultaba que sí, aquellos tipos estaban locamente enamorados, o al menos lo creían. La mayoría prefería quedarse en Tailandia a llevarse a sus pretendientes a casa.»

«Enrique León, un controlador aéreo canario al que le quedaban dos años para jubilarse. Estaba comprándole uno de aquellos cacharros a su nueva esposa tailandesa, veintiocho años más joven que él. Divorciado y con los hijos ya mayores, León lo tenía todo planeado: había adquirido un terreno en la aldea de su esposa, de apenas quinientos habitantes, y llevaba meses construyendo el hogar donde viviría el resto de sus días. [...] El pueblo lo recibió como un salvador que traería prosperidad y prestigio a un lugar alejado de las rutas turísticas y donde las esperanzas de las familias estaban puestas en lograr que sus hijas atraparan a un marido *farang*. ¿No era acaso mejor que enviarlas a trabajar a los bares de Bangkok, donde les colgaban un número y las ponían a bailar para que los extranjeros escogieran cuál se llevaban esa noche? El controlador aéreo no parecía preocupado por que las estadísticas de los juzgados de Udon Thani mostraran que la mitad de aquellos matrimonios mixtos terminaban en divorcio, a menudo con consecuencias ruinosas para hombres que desconocían las tradiciones, las leyes locales y la capacidad de la mujer tailandesa para fingir en el amor.»

«[...] Cuando conocí a León, el Gobierno llevaba unos años inmerso en una campaña para recuperar la reputación que aquel ministro había entregado a cambio de divisas. Alguien cayó en la cuenta de que el país, con sus playas paradisíacas y su naturaleza, el encanto de sus gentes y su oferta culinaria, no necesitaba alquilar a sus jóvenes para atraer a los extranjeros.»

«[...] Los corresponsales recibíamos toques de atención de las autoridades cuando escribíamos historias sobre prostitución, un clásico de los recién llegados. [...] El inspector, un tipo amable y con buen inglés, me hizo una oferta difícil de rechazar. Me dijo que el Gobierno agradecería mucho que dejara fuera de mis artículos los distritos rojos y que a cambio podía esperar un tratamiento preferencial: «Si alguna vez se mete en líos, solo tendrá que llamarme y lo solucionaremos». Todavía guardo su tarjeta de visita: por si la próxima vez que llame la policía lo hace con motivos.»

«Nom Pen, sin embargo, mantuvo hasta no hace tanto un ambiente entre zen y despreocupado que merecía una parada. Cuando me dejo caer por allí, aparte de llamar a mi conductor y buen amigo Vichea, hay cuatro cosas que no dejo de hacer: un *tour* por la antigua cárcel-museo S-21, donde los jemeres rojos ejecutaron a miles de personas durante el genocidio, para recordar la inquietante oscuridad que siempre acecha a los hombres; una copa en el Elephant Bar del hotel Raffles, donde puedo imaginarme que, en cualquier momento, Jacqueline Onassis entrará por la puerta; una mañana de regateo en el Mercado Ruso, convencido de que encontraré algo interesante que comprar antes de marcharme con las manos vacías [...] »

«[...] Ninguno de sus habitantes dejó testimonio escrito que desvelara qué males los afligieron. Maugham deja caer que quizá la explicación esté en la más humana de las debilidades y fue simplemente la complacencia que suele acompañar al éxito lo que tumbó el Imperio jemere. Desde lo más alto, Angkor solo podía descender. Maugham, deslumbrado ante los restos de

aquella grandeza, escribe sobre lo mucho que le habría gustado visitar los templos acompañado de un filósofo que le explicara por qué, habiendo conocido lo sublime, el hombre termina por contentarse con lo cómodo y lo mediocre. Se pregunta si nuestra condición natural es el estado inferior de la civilización y por ello resulta inevitable que la naturaleza humana, tras pasar algún tiempo en las alturas, lejos de lo ordinario, vuelva con «alivio a un nivel que es solo un poco mejor que el de las fieras». El esplendor de Angkor produce ese efecto, parecido al de las pirámides egipcias: no puedes evitar comparar aquellas construcciones, levantadas sin la tecnología actual, con los desastres urbanísticos de las ciudades modernas.»

«Ni siquiera hombres de buen gusto y asumida contención, como el escritor André Malraux, pudieron resistirse a llevarse un pedacito de Angkor a casa. El diario parisino *L'Éclair* titulaba el 3 de agosto de 1924: “El poeta Malraux saqueó los templos de Angkor”. La crónica relataba cómo Malraux había arrancado varios relieves del templo de Banteay Srei, precisamente en los días en que Somerset Maugham lo estaba visitando. El escritor francés fue condenado en un juicio posterior en Vietnam, donde quizá alegó que todo había sido un desliz de *La condición humana*. Malraux venía de arruinarse con un negocio cuando decidió organizar su expedición a Camboya, en compañía de su mujer y de un amigo de la infancia. Cuando fue arrestado, mientras trataba de sacar del país cuatro relieves con motivos hindúes, llegó a atribuir su acción a un intento de preservar el lugar. Todo le sería perdonado con el tiempo y en Siem Reap, la ciudad donde se hospedan los turistas que visitan el lugar, uno de los restaurantes de moda lleva su nombre. Los camboyanos no conocen el resentimiento, aunque hay pocos países donde esta emoción esté más justificada. »

«[...] Me picaba la curiosidad y quise visitarlo. ¡Pero, ah, decepción! No sentí el impulso de llevarme nada, ni siquiera un motivo decorativo. Llenar el salón de casa con los recuerdos de los viajes es una afición que se va perdiendo con el tiempo, afortunadamente. De las paredes de mi primer apartamento en Asia, en Hong Kong, colgaban un bumerán de Australia, una careta con nariz en forma de falo de Bután y una marioneta balinesa, entre otras pruebas irrefutables de que había estado en aquellos lugares. En cierto modo, padecía el síndrome del viajero que desea que, al recibir visitas, le pregunten por los lugares donde ha estado. Un día me desprendí de todas aquellas cosas, conservé un Buda, porque tenía buen peso para sujetar los libros de mis estanterías, y me sentí liberado. Rehabilitado incluso. Podía decirme a mí mismo que era una versión mejorada de esos turistas que estos días graban su nombre en los monumentos. Ignoran las zonas restringidas. Se suben a los frágiles templos de Angkor para hacerse un *selfie*, a pesar de los avisos. No quiero volver: prefiero el recuerdo de Angkor cuando podías visitar los templos a solas e incluso sentirte dueño de uno por un rato.»

«[...] El país que visitó cuando era un protectorado francés fue ocupado por Japón en la II Guerra Mundial, antes de volver a ser controlado por Francia y lograr finalmente la independencia, bajo el reinado de Norodom Sihanouk, en 1953. Sí, el mismo que *secuestraría* a su hijo para obligarlo a reinar. La intervención de Estados Unidos, apoyando el golpe de Estado contra el monarca y bombardeando posiciones guerrilleras durante la guerra de Vietnam, impulsó la emergencia del Jemer Rojo y su líder genocida, Pol Pot. Su llegada al poder en 1975 fue seguida del traslado de las poblaciones de las ciudades al campo, la ejecución de miles de opositores, la ruina económica y un holocausto que costó la vida a una

quinta parte de la población. Cada vez que voy a la S-21, la prisión de la que solo siete de sus catorce mil presos salieron con vida, busco el puesto ambulante de Bou Meng, uno de los afortunados. Se gana la vida vendiendo ejemplares fotocopiados de su autobiografía a los turistas y con las propinas que recibe por hacerse una foto en la celda don-de estuvo preso. La última vez que lo vi me dijo que temía que él y otras víctimas se estuvieran haciendo viejos y que muy pronto no hubiera nadie para contar su historia. —Pero están los libros — le dije. —Cada día vendo menos — me respondió—. Pronto nadie querrá leerlos. »

«[...] Me aparté para dejar sitio a los turistas que querían llevarse recuerdos, con la duda de si convertir la S-21 en otra atracción turística me parecía una buena idea. Era probable que sirviera para concienciar sobre los horrores del genocidio, pero sin duda también lo banalizaba.»

«Mientras leía la historia de Grosely, no podía dejar de pensar en la cantidad de occidentales que había conocido con historias similares a la suya. Tipos, porque la mayoría eran hombres, que caían rendidos ante los encantos de una vida fácil, de mujeres bonitas y privilegios poscoloniales, agradecidos de que se los tratara con deferencia solo por ser blancos. Una vez que habían vivido en Asia, se sentían seres extraños e inadaptados en Europa o allí de donde vinieran. Quienes no tenían más remedio que regresar morían de nostalgia por la vida dejada atrás. Un amigo me lo explicó desde el punto de vista de su vida sexual. En Bangkok ligaba como si fuera una estrella de Hollywood.»

«En *El velo pintado*, la novela donde hombres blancos se pierden en los fumaderos de opio chinos, escribe que todos andamos necesitados de encontrar el rumbo: “Algunos de nosotros buscamos el Camino en el opio y otros en Dios, algunos en el whisky y otros en el amor. Es todo lo mismo y no conduce a ninguna parte”. Repasé la lista. Si miraba atrás, estaba seguro de que ninguna de las cosas que citaba Maugham me había llevado a emprender mi viaje al Este, ni me había retenido allí durante dos décadas, o formaba parte de las razones que me hacían volver, una y otra vez. ¿Podía ser la promesa de la que hablaba en *El caballero del salón*, tan cercana y distante a la vez? ¿Existía o era otra fantasía del viajero occidental?»

Joseph Conrad / Borneo

«[...] Conrad, al contrario que Maugham, era un moralista con gran sentido de la justicia. Mientras el autor de *El caballero del salón* viaja por placer, en lo que fueron los orígenes del turismo tal como lo conocemos hoy, a Conrad le duelen las desigualdades de un mundo donde los fuertes utilizan su riqueza para oprimir y saquear a los pueblos más débiles.»

«Conrad escoge fustigar el colonialismo en una época en la que era políticamente incorrecto hacerlo, una posición casi personal: después de todo, un imperio, el de los Románov, engulló su Polonia natal y destruyó a su familia. Y, sin embargo, ni esa experiencia ni sus escritos sobre la dominación extranjera le han evitado ser acusado, por quienes leen literatura clásica como si hubiera sido escrita ayer, de falta de empatía con los pueblos dominados.»

«[...] Sus viajes a Singapur y Bangkok, sus travesías por el estrecho de Malaca, por el archipiélago indonesio o por el impredecible mar del Sur de China, en aguas donde piratas, comerciantes y potencias coloniales competían por amasar fortuna, y sobre todo sus visitas a la salvaje Borneo ofrecieron a Conrad los personajes, las comunidades, el exotismo y los escenarios para escribir seis novelas y una docena de relatos, la mitad de toda su obra.»

«[...] Hombres, mujeres y niños corrieron la misma suerte que los primeros europeos que trataron de contactar con las tribus ribereñas de Borneo. Lo que hacía especialmente contradictoria aquella orgía de sangre y odio era que se producía en un lugar conectado con el mundo moderno, donde las antenas parabólicas llevaban ahora las películas de Hollywood a los hogares y los dayaks vestían camisetas del Manchester United. Cuando llegué a la isla, al poco de comenzar las masacres, sentí que una máquina del tiempo me había trasladado a la Borneo del siglo XVIII. [...] »

«[...] Solo aquellas propiedades que tenían un lazo rojo, que las distinguía como hogares dayaks, estaban a salvo. Las cabezas de los madureses eran arrastradas por la corriente del río Sampit o colgaban de estacas en la carretera. Los guerrilleros se comían los corazones de sus víctimas, convencidos de que les proporcionaban poderes invencibles. La policía huyó, incapaz de detener la furia de los milicianos. El Gobierno quedaba demasiado lejos, en una Yakarta con otros mil problemas que resolver. Las masacres eran una vuelta atrás en el tiempo para una generación que conocía la práctica de sus antepasados solo a través de leyendas, transmitidas de abuelos a nietos, con detalles sobre cómo se guardaban los cráneos de las víctimas en espacios cerrados donde, al anochecer, se podían oír los lamentos de sus espíritus.»

«La Borneo descrita por Conrad, uno de los “lugares perdidos, olvidados y desconocidos de la tierra”, había dejado de existir y no importaba lo que hicieran los dayaks o a cuántas personas mataran. No iba a volver. Borneo, como el resto del mundo, había desvelado sus secretos y se mostraba abierta y expoliada. El desarrollo diezmó la isla. Los primeros turistas que llegaban en los años cincuenta miraban por la ventanilla del avión y veían un océano infinito de selva. Según la población mundial crecía, y la demanda de muebles aumentaba en todo el mundo, bosques con más de ciento cuarenta millones de años de antigüedad fueron esquilados. Esta vez ni siquiera se podía culpar a los colonizadores blancos y a su codicia.»

«Ciudades como Singapur, Yakarta o Bangkok parecían escenas de ciencia ficción. La gente caminaba por la calle con mascarillas, envuelta en un manto de niebla. Los coches llevaban las luces encendidas al mediodía y los hospitales se llenaban de pacientes con problemas de respiración. En un mal año, los fuegos arrasaron en Borneo una extensión equivalente a la ciudad de Nueva York. Ahora, cuando el avión inicia el descenso a Borneo y miras por la ventanilla, ya no ves un océano verde y virgen. Desde el aire se aprecian las crecientes calvas marrones, las carreteras que atraviesan la jungla y las gigantescas columnas de humo, como si salieran de pequeños volcanes en erupción.»

«[...] El rostro de Karmele se iluminó cuando finalmente dimos con Pony, que se balanceaba en un tronco con una mano mientras con la otra se llevaba algo de comer a la boca. Era una hembra de diez años que había sido rescatada tres años antes de un burdel de la localidad de

Kereng Pangi, en la provincia indonesia de Kalimantan Central. La encontraron encadenada a una cama, con los labios pintados, completamente afeitada y adornada con sortijas. Trabajadores de las empresas madereras y productoras de aceite de palma que estaban arrasando los últimos bosques de Borneo aguardaban turno para abusar de ella. Hizo falta un destacamento de treinta y seis soldados del Ejército indonesio para entrar en el pueblo y llevarse al animal hasta el refugio de orangutanes de Nyaru Menteng. —Lo que la gente no entiende es que estos animales tienen los mismos sentimientos que nosotros — me dijo Karmele.»

«[...] Karmele lanzó un suspiro: —Solo por esto ya merece la pena estar aquí. El amor de la española por los animales venía de sus veranos en la casa rural de su abuela en Galicia, donde creció rodeada de animales. Estudió Veterinaria, sin ninguna intención de pasarse el resto de su vida vacunando mascotas. Decidió irse a vivir sus sueños, como el Almayer de Conrad, a uno de los lugares más remotos del mundo. En su caso, sin la promesa de un tesoro o reconocimiento. Por eso me alegró cuando, quince años después de visitarla, me desperté con la noticia de que Karmele había recibido uno de los premios más importantes de la ciencia en España. No había vuelto a saber de ella en todo ese tiempo, pero al leer la noticia no me sorprendió saber que seguía en Borneo. Podías leer su compromiso en la forma en la que miraba, con un amor puro e incorruptible, a sus “hombres de la selva”. La certeza de que no los abandonaría.»

«[...] —Todo el dinero del Gobierno ha desaparecido, el país está arruinado y solo el petróleo nos mantiene en pie, quién sabe por cuánto tiempo. Si encima eso se acaba, no sé qué vamos a hacer. Aquí no estamos acostumbrados a trabajar. Siempre nos lo han dado todo hecho. A partir de ese día, cuando quería saber algo de Brunéi, llamaba a Ignatius. Unos años después, en 2011, llegó un cable con la noticia de su muerte y supe que era un día triste para el sultanato. Se había marchado el único ciudadano del país que se atrevía a decirle la verdad a El Grande. El sultán de Brunéi envejeció en el trono y las fiestas se calmaron en el palacio Nurul Iman.»

«Borneo apenas había sido explorada cuando Conrad la visitó por primera vez, a bordo del vapor Vidar, tres siglos después que Magallanes & Co. Con un tamaño que es dos veces el de Alemania, rodeada por cuatro mares y dos es trechos, la isla seguía siendo un lugar inabarcable y temido. Demasiado dejado de la mano de Dios para que otros autores lo consideraran como fuente de inspiración de sus novelas. Ni siquiera después de publicar *La locura de Almayer* encuentra Conrad comprensión a su exótica elección.»

«[...] El escritor polaco, en cambio, encuentra todo lo que necesita: rajás y caciques locales con resentimiento hacia el poder blanco — «Están en todos los mares y en todas las costas, y son muchos», se lamenta un príncipe local en la novela—; mercaderes árabes, oficiales holandeses, comerciantes británicos y aventureros como William Charles Olmeijer, el empresario real que inspiraría la creación de su protagonista.»

Rudyard Kipling / India

«Hay que reconocer a los fundadores de Pakistán claridad sobre lo que esperaban de su país cuando le pusieron el nombre. «Tierra de los Puros.» Para los que no creemos en la pureza, ni en la de las personas ni en la de los lugares, ni siquiera en la propia, es inevitable viajar cargados de escepticismo a un destino que se presenta inmaculado desde el nombre. Quizá por eso, cada vez que me tocó viajar a Pakistán no iba con el entusiasmo típico de una excursión del colegio. Además, siempre iba persiguiendo malas noticias. O quizá eran las malas noticias las que me perseguían a mí. La guerra. Un terremoto en Cachemira. La voladura del Marriott de Islamabad, apenas unos días después de hospedarme en él. Yihadistas enfurecidos prendiendo fuego a escuelas donde se permitía estudiar a las niñas, no fueran a convertirse en mujeres libres y dueñas de su destino. Otro magnicidio.»

«Unos años después surgió la oportunidad de cumplir mi promesa. Había estado en Afganistán, cubriendo la guerra y visitando a los soldados españoles destinados en Herat, y mi avión de regreso a casa, desde Islamabad, no partía hasta unos días después. Bilal me propuso que fuéramos a su ciudad natal de Lahore, donde me aseguró que conocería “el otro Pakistán”.»

«A medio camino, mis guías reiteraron la promesa de que ni siquiera los islamistas habían podido acabar con el oasis de los impuros. Lahore no solo acogía la industria cinematográfica del país, sino las mansiones donde la elite bebía alcohol en la clandestinidad — “Oigan”, dije: “Eso pasa también en Karachi e Islamabad” —, locales de alterne innumerables regentados por chinos y parques por donde pasean “las mujeres más fáciles de besar del país”, según me confesó Bilal. Después admitió que las probabilidades de conseguirlo seguían siendo mínimas. “Pero en Lahore al menos te dejan soñar con la posibilidad”, suspiró.»

«[...] Cuenta la leyenda que el emperador Akbar el Grande encontró a su concubina favorita, Anarkali, entre las bailarinas de Hira Mandi. El romance se torció cuando el rey descubrió que su amada tenía una aventura con su hijo Jahangir. Anarkali, «flor de granada», fue emparedada viva en palacio como castigo por su infidelidad. Akbar desheredó a su hijo y este organizó una rebelión para hacerse con el poder que terminó con su ascenso al trono en 1605. Una de las primeras instrucciones del nuevo emperador fue construir para su amada una tumba forjada en oro, rodeada de jardines. El relato tiene innumerables versiones y ha sido puesto en duda por los historiadores, pero durante mucho tiempo sirvió para extender la creencia de que las mujeres más bellas del subcontinente estaban en el Bazar de Diamantes.»

«Lejos quedan los días en que las jóvenes de Hira Mandi triunfaban como cantantes, y ojeadores profesionales se sentaban entre los cojines tapizados en seda de las salas de baile, en un intento de localizar a la próxima estrella de Lollywood. Hoy es más probable toparse con traficantes árabes del comercio de esposas, empresarios locales y turistas sexuales procedentes de otras partes de Pakistán. Unas pocas *kothas*, o casas de baile, mantienen el negocio abierto gracias a su ambigüedad: ¿teatro o burdel?, ¿baile o proposición?, ¿tradicción o simple intercambio de favores? Hira Mandi ha sido reducido a eso: el secreto peor guardado de Lahore.»

«[...] Fue en aquella pequeña redacción, asumiendo responsabilidades improbables para su edad, donde Kipling forjó su disciplina como escritor y se ganó un nombre como cronista antes de recorrer la India como corresponsal. El joven reportero traslada a los lectores la vida de los clubes, las villas, los jardines y los campos de polo donde se entretienen los hijos del imperio, pero no se queda ahí y busca el contraste con la Ciudad Amurallada — sucia, caótica y maloliente— donde se hacinaban los indios.»

«La combinación de juventud, rebeldía y curiosidad, en una Asia en la que Kipling encuentra ese lugar donde «no existen los diez mandamientos y un hombre puede saciar su sed», lo llevan al lado oscuro de los deseos. Experimenta con el opio y no puede resistirse a contarlo en *La puerta de las cien penas*, un relato breve donde describe su visita a un fumadero situado junto a la mezquita de Wazir Khan [...]

«[...] Kipling añade a su adicción a las drogas noches de sexo con las prostitutas de Lahore y confiesa a un amigo que abandonar su nueva vida le sería tan difícil como renunciar a la escritura. Experimenta para escribir. Escribe para experimentar. Deja para la posteridad una definición de la prostitución que se universalizaría y que sigue siendo utilizada en las crónicas de prensa de los reporteros poco originales: “La profesión más antigua del mundo”»

Alexandra David-Néel / Tíbet

«Lo más aventurero que se esperaba de una mujer de finales del siglo XIX era que cruzara los mares en busca de marido, como las británicas de la «flota pesquera» que llegaban a las colonias. Las que fracasaban volvían con la etiqueta de «retornadas vacías» y arrastraban el estigma de su fracaso. ¿Cómo era posible que hubieran fallado en su misión, si en el Raj la competencia era de una sola mujer por cada cuatro hombres, la mayoría desesperados?»

«En casa de Louise Eugénie Alexandrine Marie David, luego conocida como Alexandra David-Néel (1868-1969), chocaban visiones dispares: una madre católica y conservadora que quería para su hija una educación tradicional y un padre de izquierdas, amigo de Victor Hugo y militante en la revolución de 1848, que la llevaba a la estación de Vincennes para ver partir los trenes. ¿Adónde iban aquellos pasajeros? ¿Qué lugares fascinantes descubrirían? El bullicio y la expectación de la estación despiertan la curiosidad del viaje en la joven Alexandra.»

«[...] Dos años después cruzó el paso de San Gotardo en los Alpes hasta llegar al lago Mayor, en Italia. Aunque estudia Música y Canto en el Conservatorio Real de Bruselas, sus verdaderas pasiones eran el budismo y el estudio de las escrituras. Se convirtió a su nueva religión, para gran disgusto de su madre, y a los veintitrés se embarcó en su primer gran viaje espiritual a la India, entonces bajo dominio británico.»

«Las ausencias constantes de Alexandra y su negativa a tener hijos hacían inviable la relación. Los niños son repelentes de la aventura, al menos cuando son pequeños. El amor por ellos te retiene a su lado y, cuando partes, te sientes culpable, como si les estuvieras robando algo

más que tu presencia. Si el viaje se alarga, llega un momento en que su recuerdo se hace intenso de una manera dolorosa, por la sensación adicional de estar perdiéndote algo que no podrás recuperar. En mis viajes, a esos sentimientos se unió, cuando nacieron mis tres hijos, Alejandro, Rodrigo y Diego, otro freno para una vida arrojada. De repente, tenía miedo al cubrir conflictos o situaciones extremas. Era un miedo, como todo lo que se siente por los hijos, desinteresado: no te preocupa que te ocurra algo por ti, sino por ellos. Los hijos conllevan esa contradicción: te hacen más feliz y menos libre.»

«El matrimonio se rompe definitivamente porque ella incumple sus promesas de regreso: los meses se convierten en años. Cada aventura es más difícil que la anterior. Alexandra David-Néel se propone ser la primera mujer occidental en llegar a Lhasa, la capital del reino prohibido del Tíbet. Viaja de incógnito, convertida en maestra de estudios tibetanos, disfrazada de ermitaña y haciéndose pasar por mendiga. Se tiñe el cabello de negro con tinta china, improvisa unas trenzas postizas con crines de yak, oscurece su piel con hollín y viste un gorro provisto por amigos «de otro mundo» para ayudarla a completar su propósito. Y se hace acompañar, para mayor escándalo, de un lama al que conoció en el monasterio de Lachen, en Sikkim, cuando el chico tenía catorce años. Yongden se convertirá en su compañero inseparable durante los siguientes cuarenta años y todavía hoy los biógrafos de Néel discuten qué fue, si amigo, amante o “hijo adoptivo”, como lo describe ella en sus crónicas. Quizá, las tres cosas.»

«[...] Lo que más demora su marcha es su irresistible atracción por lo prohibido y su empeño en escoger los caminos menos transitados. En *Mi viaje a Lhasa*, su relato de la odisea, narra su encuentro con el oficial británico George Pereira, el primer europeo en recorrer a pie el camino entre Pekín y Lhasa. También él está explorando la región, tiene mapas que pueden ser de gran ayuda y se ofrece a trazar la mejor ruta. Néel puede escoger entre una vía más tradicional o pasar por el país de Pö, una tierra misteriosa cuyos habitantes tienen fama de caníbales y que nunca ha sido explorada con éxito. El general comete la imprudencia de mencionar ese detalle: nadie se ha adentrado en las tierras de los Pö y ha regresado para contarlo. “No podía haber elegido nada mejor para tentarme — escribe Néel en su diario de viaje—. Ese día tomé la decisión: vería ese país por donde nadie había pasado aún. Mil gracias, general, voluntariamente o no, me ha hecho un gran favor.”»

«Cada obstáculo es una tentación y el Tíbet los tiene de todo tipo. Si el Reino de las Nieves ocupa un lugar privilegiado entre las fantasías viajeras de Occidente es precisamente porque siempre ha tenido un gran cartel colgado a sus puertas: “Prohibido”.»

«Néel es pionera en un viaje en parte remoto, porque nos desplaza a miles de kilómetros de casa, y por otro lado muy cercano, porque tiene entre sus objetivos el encuentro de nuestro yo interior. No son el beneficio material, la inspiración literaria, el hedonismo colonial o la búsqueda de placer sexual los que la motivan. Tampoco el opio — prefiere el té— ni la huida del aburrimiento. Busca la sabiduría, la iluminación y una verdad desconocida para el resto.»

«Tras la experiencia, se declara yogui y decide que no hay vuelta atrás: «Cómo había cambiado mi vida, ahora mi casa era de piedra, no poseía nada y vivía de la caridad de los otros monjes». El viaje al interior de uno mismo. No ha hecho poco daño. Los libros de

autoayuda, de los que no se conoce ninguno que haya beneficiado a nadie salvo al autor y su cuenta bancaria, están llenos de entusiastas llamadas a salir en su busca. Gurús de todo pelo prometen en internet mostrarte el camino. Y, si nada funciona, ¿por qué no probar el Este? Mientras vivía en Tailandia, cada poco tiempo se presentaba otro recién llegado convencido de que encontraría las respuestas en un monasterio budista. Algunos se rapaban la cabeza, se enfundaban en la túnica naranja y trataban, casi siempre con poco éxito, de seguir la disciplina monacal que establecía ayunos después del mediodía, largas horas de meditación, abstención total de las tentaciones que nos esclavizan, incluido el sexo, y las doscientas veintisiete normas de comportamiento del Vinaya, de obligado cumplimiento para los monjes que siguen la tradición Theravāda. Más decepcionante aún: a menudo los propios tailandeses no las seguían.»

«El monje más célebre del país en los años novena, Yantra Amaro, cayó en desgracia después de que se descubriera que mantenía relaciones sexuales con varias feligresas y que en sus viajes al extranjero frecuentaba burdeles. Más recientemente, durante la pandemia de COVID, los religiosos del venerado templo de Phan Sao, en Chiang Mai, tuvieron que dar explicaciones por celebrar fiestas con alcohol. Escribí un reportaje sobre los monjes de un templo de Kanchanaburi, cerca de Bangkok, convertido en refugio de ti-gres en peligro de extinción. Unos años después los detuvieron por tráfico de animales.

Martha Gellhorn / China

«Hay viajes en los que nada sale bien, malditos desde el primero hasta el último día. Tengo unos cuantos, pero incluso los peores me arrancan una sonrisa al recordarlos con la perspectiva del paso del tiempo. Por alguna extraña razón, varios de ellos fueron en China. ¿Cómo decirlo diplomáticamente y sin ofender a más de mil millones de personas?»

«No, China no es un país fácil. Durante mucho tiempo quise ir a un pueblo de la provincia de Yunnan, la más bella del país, para escribir sobre la pena de muerte. Un oficial del Ejército le había contado a mi fotógrafo Richard Jones que la mayoría de los hombres de las aldeas de una zona fronteriza con Birmania habían sido ejecutados por tráfico de drogas. Se trataba de campesinos pobres que cruzaban al otro lado y regresaban con opio, a veces con heroína lista para el tráfico. Las familias no ponían el nombre de sus difuntos en las lápidas de los ejecutados, evitándose el estigma de un hijo, padre o marido traficante de drogas. El militar chino dio a Jones detalles insuficientes para localizar el valle de las tumbas sin nombre, así que me puse a investigar.»

«¿Una aldea perdida en la China más pobre y profunda, donde la pena de muerte estaba creando pueblos de viudas y huérfanos? «Joder, sí», dijo Jones cuando le pregunté si quería hacer el viaje. Volamos a Kunming y de ahí condujimos cerca de doce horas hasta llegar a la aldea. Llegamos casi al anochecer, con las piernas tiesas como palos de golf, y empezamos a merodear por las calles tratando de no llamar la atención, una pretensión estúpida. Jones es rubio y de ojos claros, y a mí la exalcaldesa de Madrid, Ana Botella, me confundió con un torero en una recepción durante el breve tiempo que fui director de *El Mundo*.»

«En *Cinco viajes al infierno*, Martha Gellhorn (1908-1998) cuenta sus peores experiencias viajeras con suficiente distancia temporal como para recordarlas también con simpatía y buen humor. El libro de esta reportera, que cubrió la Guerra Civil española y los grandes eventos del siglo XX hasta la invasión de Panamá en 1989, lleva como subtítulo «Aventuras conmigo y ese otro». El otro es Ernest Hemingway, con el que Gellhorn se había casado en 1940 y al que no menciona por su nombre ni una sola vez. [...] Gellhorn tenía a sus espaldas una carrera meritoria y no estaba dispuesta a ser tratada como «la esposa de»»

«Aunque la idea del viaje haya sido de Gellhorn, desde el principio ella se adapta peor, mientras que su acompañante parece encajar en cualquier sitio donde sirvan alcohol, aunque sea un pésimo licor de arroz, y haya gente con la que conversar. A Hemingway no le interesan los museos ni los monumentos, lo que le apasiona es escuchar historias de desconocidos. Hace amigos enseguida y su mujer lo abandona con su nueva pandilla de Hong Kong para hacer una primera incursión sola en la China continental.»

«En mi primer apartamento de Hong Kong, donde inauguré la corresponsalía de *El Mundo* en la calle Old Bailey, algunos vecinos solían escupir sobre el suelo del diminuto ascensor del edificio. A menudo sus escupitajos caían a escasos centímetros de mis zapatos, con una puntería admirable. Lo suficientemente cerca para que dieras un brinco; a suficiente distancia para no errar el tiro. Yo los miraba con malas pulgas y ellos sonreían, como si aquella fuera su manera de dar los buenos días. [...] Lo que más impresiona a la reportera de la colonia británica es el lado decadente. La ciudad es un laberinto de calles con miles de personas apretujadas que se ahogan entre sí, llena de antros, salones de mahjong, burdeles donde se pagan dos dólares por pasar la noche con una chica y fumaderos de opio donde los obreros se colocan para despistar el hambre, en una época en la que la droga era más barata que la comida. Hong Kong se lo debe casi todo al opio: lo bueno y lo malo, su pasado colonial y su prosperidad.»

«El Hong Kong al que llegan Gellhorn y su acompañante es un sitio encantadoramente miserable. La reportera ha viajado por todo el mundo y dice no haber visto nunca una pobreza más cruel. Estalla cuando ve a unos niños tallando bolas de marfil en una fábrica inmundada.»

«Hong Kong, la de entonces y la de ahora, ha sido siempre una ciudad de extremos. Cuando me instalé en ella, poco después de que Reino Unido se la devolviera a Pekín, la decadencia y la pobreza que deprimieron a la reportera seguían ahí, ocultas tras la opulencia de rascacielos acristalados, coches deportivos que no podían conducirse a más velocidad que un ciclomotor y restaurantes con vinos que se pagaban al doble de precio que en Europa. [...] Y, sin embargo, esa pobreza que impactó a Gellhorn seguía visible para cualquiera que prestara atención. Es cierto que podías encontrar gente más pobre en la India y con más opulencia en Dubái, pero en Hong Kong los extremos se hacían más insoportables.»

«Yo tenía el sueldo de un periodista medio, algunos de mis amigos trabajaban en la banca y no tenían problema en gastarse en una cena lo que yo ganaba en un mes. Los conductores de autobuses lucían relojes Cartier, porque en medio de aquella exuberancia había que mostrar que podías comprarte algo de lujo. Antes un mes comiendo arroz blanco que parecer pobre en la ciudad de los ricos. Bastaba subirte al Star Ferry, cruzar la bahía Victoria y meterte entre

las callejuelas de Mong Kok para ver el otro Hong Kong: tres generaciones de una misma familia hacinadas en un piso de treinta metros cuadrados. Los apartamentos más grandes habían sido divididos en jaulas que se alquilaban a quienes no podían pagarse un piso completo.»

«[...]Gellhorn simpatiza con las fuerzas de Mao y las ve como una esperanza para arreglar la profunda miseria que ha encontrado en su recorrido por el país. En medio del almuerzo tiene una enganchada con la señora Chiang, a la que reprocha que el Gobierno no cuide de sus leprosos y sus pobres. La primera dama china enfurece y lanza una diatriba sobre la superioridad oriental frente a Occidente y recuerda a la periodista que China «ya tenía una gran cultura» cuando los ancestros de sus invitados vivían en los árboles y se pintaban de azul. «Supongo que esto te enseñará a no enfrentarte a la emperatriz de China», le dice Hemingway a su mujer. Las simpatías de Gellhorn no están con la señora Chiang ni con los nacionalistas, sino con los comunistas. En la misma parada conoce a Zhou Enlai, el histórico dirigente comunista, y cae rendida ante su carisma y sus sueños de igualdad.»

«[...]Tampoco ayuda el hecho de que, tras su primera, desastrosa e inspiradora experiencia en China, no regresara al país para comprobar de cerca hasta qué punto las revoluciones que se hacen en nombre del pueblo suelen ser prostituidas por líderes megalómanos como Mao, [...] Tampoco yo he podido regresar a China, aunque por causas ajenas a mi voluntad. Aquel viaje al Tíbet durante las protestas de los monjes, pasando los controles en el maletero de un coche, fue el final de catorce años de aventuras por el país.»

Graham Greene / Vietnam

«Es difícil definir cuándo un establecimiento alcanza el legendario título de hotel de guerra. ¿Cuántos huéspedes tienen que haber sido despertados por el sonido de las bombas? ¿Cuántos periodistas deben haber exagerado sus batallas en la barra del bar? ¿Cuántas anécdotas tendrán que haber sobrevivido al paso del tiempo? El hotel de guerra tiene la particularidad de que su clientela llega cuando todos los demás se han marchado. No la forman solo reporteros. También diplomáticos trabajando en otro alto el fuego inútil. [...]»

«—Y tú, ¿para qué medio trabajas? —¿Medio? No, si yo he venido de vacaciones. Mis amigos no se lo van a creer cuando les enseñe las fotos. Diplomáticos, mercenarios y turistas aparte, quienes definen el hotel de guerra son los reporteros.»

«Entre los establecimientos que han alcanzado la categoría sagrada de hotel de guerra, quizá ninguno iguale la leyenda del Continental de Saigón, situado en una ciudad que de asedios sabe algo. Incluso en los peores días de las guerras de Indochina, bastaba entrar por la puerta giratoria del viejo edificio colonial de la avenida Dong Khoi, y ¡magia!: el sonido del pianista reemplazaba el estruendo de la artillería, la brisa de la terraza, el polvo del frente, y las charlas superficiales, los exagerados partes militares, esas notas con las que los departamentos de prensa de los ejércitos acribillan la verdad. En *El americano impasible*, la no-vela antibélica que Graham Greene (1904-1991) sitúa en Vietnam, los franceses encargan a un joven oficial informar a los periodistas de las grandes bajas sufridas por el enemigo en comparación con las suyas: “¿No está diciendo en serio el coronel que ha tenido tiempo de contar las bajas del enemigo pero no las suyas propias?”, pregunta uno de los corresponsales. [...]»

«El estigma de viajar a la otra cara del mundo para drogarse o acostarse con nativas es relativamente reciente. En la literatura del siglo XIX y de parte del XX se romantizó, quizá porque los propios autores, desde Kipling hasta Greene, cayeron en ello. Cuando Somerset Maugham visita un fumadero en China en 1920, en un viaje que relató en su libro *En un biombo chino*, describe un lugar «cómodo, hogareño y acogedor», en vez de deprimente y marginal. El ambiente, dice, es alegre y la clientela, carismática. Mientras los occidentales disfrutaban de sus perversiones, los orientales temen que estén destruyendo la fábrica social y se proponen erradicar los vicios. La relación traumática de los asiáticos con el opio, su temor a volver a épocas de dependencia pasadas explica que sus países sean hoy los que imponen las penas más duras no solo por tráfico, sino por consumo.[...]»

«En Saigón, a principios de los años cincuenta, fuma ocho pipas de opio al día mientras trabaja como corresponsal para *The Times* y *Le Figaro*. Queda atrapado, como otros grandes escritores que lo precedieron en el viaje, por la sensualidad y los misterios del sureste asiático. El Fowler de *El americano impasible* lo explica así en una voz en *off* al principio de la versión cinematográfica interpretada por Michael Caine: No sé qué me hizo enamorarme de Vietnam. Que la voz de una mujer puede ser como una droga, que todo es tan intenso. Los colores, los sabores, incluso la lluvia. No se parece nada a la sucia lluvia de Londres. [...]»

«Greene conocía el país lo suficiente para predecir que los franceses terminarían marchándose. Muchos de los escenarios que menciona en la novela permanecen, más o menos desfigurados por el paso del tiempo.»

Manu Leguineche / Filipinas

«*Filipinas es mi jardín*, el libro en el que Manuel Leguineche retrata un país atrapado en el absurdo, está lleno de anécdotas sobre lo que durante décadas fue conocido simplemente como el Hotel de Oriente. Todo, desde los gol-pes de Estado hasta los negocios más turbios, desde las bodas de la elite hasta la proclamación de dictaduras, se cocinaba bajo sus lámparas en forma de «arañas resplandecientes». »

«Tuve que comprar los libros de Leguineche sobre Filipinas — *Yo te diré...* y *Filipinas es mi jardín*— en el mercado de segunda mano porque estaban descatalogados. El periodista vasco fue uno de los pocos que quiso contar un país que no despierta ningún interés en España a pesar de que lo colonizamos durante trescientos treinta y tres años (1565-1898) y de que siempre fue un festín de historias para cualquier reportero. El porqué de ese desprecio español por su antiguo bastión del Pacífico es un misterio con teorías diversas.[...]»

« Aunque el español se hablaba mayoritariamente en las ciudades, en el campo filipino nunca desplazó a las lenguas nativas. Los estadounidenses, al tomar el relevo colonial, fueron mucho más agresivos en la promoción de su inglés. Llevaron a miles de profesores para que lo enseñaran, promulgaron políticas en contra del español para minar la competencia y aprovecharon el poder de seducción de Hollywood y su maquinaria cultural, que empezaba a imponerse en el mundo. El español fue eliminado como lengua oficial de Filipinas en 1973 y Corazón Aquino le dio la puntilla al suprimirlo de las universidades catorce años después.»

«Uno de los pocos lugares donde el castellano resiste es el hotel Manila, porque la elite de más edad siempre lo vio como una forma de diferenciarse del populacho. Hoy, incluso en ese ambiente, el inglés ha ganado la partida.»

« Todo lo que estaba mal en la relación entre España y su excolonia quedaba reflejado en la condescendencia hacia la sentencia de la justicia filipina, la chauvinista exoneración concedida al acusado por la prensa simplemente porque era español, aunque solo lo fuera un poco, y la manera en la que el poder político, desde el rey hasta el Parlamento, venía a decirle a Manila: «¿Cómo se atreven estos salvajes a tocar a un hijo del imperio?». Mientras la justicia filipina no tenía dudas de su culpabilidad, España lo declaraba inocente por la gracia de la superioridad blanca y pedía su libertad inmediata. [...]»

«Los filipinos quedaron tan confundidos al final de ambas experiencias que nadie puede culparlos por sentirse «turistas en su propio país». Lo que emerge tras la dominación extranjera es un país controlado por caciques locales, cardenales todopoderosos y un centenar de familias que se reparten la tierra, el capital y el poder político. Unas dinastías descienden directamente de las colonias, premiadas por sus servicios a Madrid, con apellidos como Ayala, Gorricho o Bormaheco. Otras surgieron al abrigo de los monopolios económicos y las relaciones con el poder poscolonial. Y, por supuesto, están las familias chinas, que amasaron poder en todos los países asiáticos tras huir de las penurias maoístas. [...]»

«El turismo masivo llevaba algún tiempo arrasando Bali, Goa y Phuket, lugares que una vez fueron especiales y que habían sido deslucidos por los atascos, las tiendas para japoneses y los hoteles mastodónticos con bufé para llenar el estómago de un ejército de bárbaros. Filipinas seguía siendo un destino marginal: los turistas no tenían el país en el radar y los locales tampoco se afanaban por promocionar esas islas que deslumbraron a los primeros conquistadores españoles.»

«Filipinas es uno de esos lugares donde los héroes nunca ganan. El sistema está tan amañado, forjado de tal manera para perdurar, que podías tener la seguridad de que los hijos de puta seguirían saliéndose con la suya y los demás pagarían, una y otra vez, el precio. Quienes trataban de cambiarlo se estrellaban contra la realidad.»

Índice

1. William Somerset Maugham / Indochina	11
2. Joseph Conrad / Borneo	37
3. Rudyard Kipling / India	63
4. George Orwell / Birmania	87
5. Alexandra David-Néel / Tíbet	109
6. Martha Gellhorn / China.	133
7. Graham Greene / Vietnam	161
8. Manu Leguineche / Filipinas.	191
9. Nicolas Bouvier / Japón	219
10. Tiziano Terzani / Tailandia	245

Ariel

Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 682 69 63 61 / E: lfabregat@planeta.es